

La joven ballena para rechazarle hunde su cabeza en el agua, levanta su cola, y la agita y golpea con ella á uno y otro lado.

Si ella alcanza á su enemigo lo abruma, lo mata y destruye de un solo golpe. Pero el eseuala-sierra se precipita hácia atrás, la rehuye, salta, vuelve y revuelve alrededor de su adversario, muda á cada instante de ataque, se aprovecha del momento mas favorable, se lanza sobre la ballena, clava en su dorso la hoja larga, ósea, y dentellada de que su hocico está armado, la retira con violencia, hiere profundamente al joven cetáceo, desgarrá su piel, la persigue hasta en los abismos del Océano, la obliga á ascender hácia la superficie del mar, vuelve á comenzar un combate terrible, y si no puede darle la muerte, espira de furia.

Los delfines gladiadores se reúnen, forman una gran tropa, se adelantan todos juntos hácia la ballena franca, la acometen por todas partes, la muerden, la hostigan, la fatigan, la obligan á abrir su boca, y arrojándose sobre su lengua, á que son, segun se dice, muy aficionados, la despedazan, y arrancándola en trizas causan dolores insuportables al cetáceo vencido por el número, y lo cubren de heridas mortales.

Los enormes tiburones del Norte que algunos navegantes han llamado *osos de mar* á causa de lo voraces que son, combaten la ballena debajo del agua: no tratan de echarse sobre su lengua; pero llegan á clavar en su vientre las quintuples filas de sus dientes puntiagudos y dentellados, y le arrancan enormes trozos de tegumentos y de músculos.

Entretanto, un mugido sordo se dice que espresa los tormentos y el furor de la ballena.

Un sudor abundante manifiesta el exceso de su debilidad, y el principio de su agonía; ponen de manifiesto de este modo una nueva relacion con los cua-

drúpedos, y particularmente con el caballo. Pero esta traspiracion tiene un carácter particular, porque al menos en gran parte es producto de aquella sustancia grasienta que hemos visto distribuida por debajo de los tegumentos, que á causa de movimiento, forzudos y de una estrema lasitud se rezuma por los poros de la piel. Una agitacion violenta y una natacion muy rápida, si se prolonga demasiado tiempo ó si se repite con frecuencia, pueden ser suficientes para que la ballena franca enflaquezca, como podria ocasionarlo la falta de alimento bastante abundante y de bastante sustancia.

En fin, como este sudor que anuncia la disminucion de sus fuerzas no es sino una traspiracion oleosa ó crasienta muy caldeada, no es de extrañar que exhale un olor ordinariamente muy fétido, y esta emanacion hedionda es una nueva causa de hallarse las aves marinas alrededor de las tropas de ballenas francas, pues acuden desde muy lejos atraidas por el olfato.

La ballena franca, entretanto, privada de casi toda su sangre, fatigada, rendida, abrumada por sus propios esfuerzos, no tiene sino un débil resto de su poder y de su vigor. El *oso blanco*, ó mas bien el *oso marítimo*, ese animal voraz y temible á quien el hambre hace cien veces mas feroz, abandona entonces los bancos de hielo ó las glaciales costas donde se mantiene en emboscada, se arroja á nado, llega hasta este cetáceo y se atreve á acometerle. Pero aun espirante muestra todavía la ballena que es el mayor de todos los animales; reanima sus desfallecidas fuerzas, y pocos momentos antes de su muerte con un golpe de cola sacrifica al enemigo demasiado audaz que ha creído hallar en ella una víctima sin defensa. Puede muy facilmente hacer este último esfuerzo porque sus músculos son susceptibles de una escitacion repenti-

na. Conservan una grande irritabilidad mucho tiempo despues de la muerte del cetáceo, y son por consecuencia muy propios para manifestar los fenómenos eléctricos á que se ha dado el nombre de *galvanismo*, y un fisico observador no dejará de notar que la ballena franca, no solo vive en medio de las aguas como la *raya torpedo*, la *anguila de Surinam*, el *malapteruro eléctrico*, etc., sino que ademas está impregnada como estos peces de una gran cantidad de sustancia aceitosa é idioeléctrica.

Cuando ya el cadáver de la ballena flota sobre el mar, los osos marinos, los tiburones, las aves de mar, se precipitan sobre aquella presa inerme, la desgarran y la devoran.

Pero el oso marítimo no provoca, por decirlo así, á la joven ballena en los últimos momentos de su vida, sino en las regiones polares, únicas que aquel infesta; al paso que la ballena franca habita en todos los climas. Ella pertenece á los dos hemisferios, ó mas bien se encuentra en los mares, así australes como boreales.

Digamos ahora cuáles son los lugares de su predilección.

Cuáles son las costas, los continentes y las islas cerca de las cuales se la ha visto, ó los mares en que se la ha encontrado.

El Spitzberg, hácia los 80° de latitud; la Nueva Groenlandia, la Islanda, la Antigua Groenlandia, el estrecho de Davis, el Canadá, Terra Nova, la Carolina, esta parte del Océano Atlántico austral que está situada á los 40° de latitud, y hácia los 36° de longitud occidental, contando desde el meridiano de París; la isla Mocha, situada igualmente á los 40° de latitud y próxima á las costas de Chile, en el grande Océano Meridional; Goatemala, el golfo de Panamá, las islas de los Galápagos y las costas occidentales de Méjico,

en la zona tórrida; el Japon, la Corea, las Filipinas, el cabo de Gales, en la punta de la isla de Ceylan; las inmediaciones del golfo Pérsico, la isla de Socotora, cerca de la Arabia feliz; la costa oriental de Africa, Madagascar, la bahía de Santa Elena, la Guinea, Córcega en el Mediterráneo; el golfo de Gascuña, el Báltico, la Noruega.

Acabamos de dar con el pensamiento la vuelta al mundo, y en todos los climas, en todas las partes del Océano, vemos que se ha presentado la ballena franca. Pero tenemos tres consideraciones importantes que presentar sobre este asunto.

Primeramente se puede crear que en todas las latitudes se han visto reunidas á la vez muchas ballenas francas con tal de que se las encontrase en el Océano, y sino es en las mares pequeñas, en mares interiores y muy frecuentados, como el Mediterráneo, casi nunca sucede que estos cetáceos, tales como la ballena franca cogida cerca de la isla de Córcega en 1620, se hayan presentado aisladamente despues de haber sido probablemente estraviadas de su camino, acarreadas y perdidas por alguna grande agitacion de las aguas.

En segundo lugar, los antiguos griegos, y particularmente Aristóteles, sus contemporáneos, y los que le han sucedido pudieron sin duda dar minuciosas noticias acerca de las ballenas francas, no tan solo por que muchas de estas ballenas han podido entrar accidentalmente en el Mediterráneo cuyas orillas habitaban, sino tambien á causa de las relaciones que la guerra y el comercio habian dado á los griegos con el mar de Arabia, el de Persia y los golfos del Indo y del Ganges que frecuentaban los cetáceos de que hablamos, y donde estas ballenas francas debían abundar mas que al presente.

En tercer lugar, los geógrafos sabrán con interés

que durante mucho tiempo se han visto todos los años cerca de las costas de la Corea, entre el Japon y la China, ballenas cuyo dorso presentaba aun arpones lanzados por pescadores europeos cerca de las costas del Spitzberg ó de la Groenlandia.

Hay, pues, á lo menos una estación del año en que la mar está bastante libre de hielos para facilitar un paso que conduzca del Océano Atlántico septentrional al grande Océano Boreal, al través del Océano glacial ártico.

Las ballenas arponadas en el Norte de Europa, y halladas en el Norte del Asia, han debido pasar al Norte de la Nueva Zembla, acercarse mucho al polo, seguir casi un diámetro del círculo polar, penetrar en el grande Océano por el estrecho de Behring, atravesar la bahía del mismo nombre, bogar á lo largo del Kamtschatka, de las islas Kuriles, de la isla de Jeso, y llegar hasta casi el trigésimo grado de latitud boreal, cerca de la embocadura del rio que baña las murallas de Nankin.

Durante esta larga travesía han debido recorrer una línea á lo menos de ochenta grados, ó de mil miriámetros; pero, con arreglo á lo que ya hemos dicho, es posible que para este grande viage no hayan necesitado mas que diez ú once dias.

Y ¿qué obstáculo podía oponer la temperatura del aire á la ballena franca? En las zonas donde el sol ofende con sus rayos abrasadores, halla fácilmente en el fondo de las aguas un abrigo ó un alivio contra los efectos del calor de la atmósfera. Cuando nada en la superficie del Océano Equinoccial, no teme que el ardor del sol de la zona tórrida reseque su piel de un modo funesto, como los rayos de este astro desecan, en algunas circunstancias, la piel del elefante y de otros paquidermos; los tegumentos que cubren su dorso continuamente bañados por las olas, ó sumer-

gidos á su voluntad: cuando surca durante la calma la superficie tersa del mar, no cesan de conservar toda la suavidad que necesita, y cuando se acerca al polo ¿no está preservada de los efectos nocivos del frio por la densa capa de crasitud que la cubre?

Si abandona ciertos parages, es pues, principalmente, ó para proporcionarse un alimento mas abundante, ó por huir de la persecucion de los hombres.

En los siglos XII, XIII y XIV, abundaban tanto las ballenas francas cerca de las costas del territorio francés, que la pesca de estos animales era alli muy lucrativa; pero perseguidas encarnizadamente, se retiraron á otras latitudes mas septentrionales.

El historiador de las pescas de los holandeses en los mares del Norte dice, que hallando las ballenas francas un alimento abundante y una tranquilidad muy poco alterada cerca de las costas de la Groenlandia, de la isla de J. Mayen, y del Spitzberg, se habian multiplicado con escese; pero que los pescadores de las diversas naciones, al llegar á aquellos parages, se las repartian como patrimonio propio, y como no cesaron de atacar á aquellos grandes cetáceos, las ballenas francas se hicieron ariscas; abandonaron unos mares en que á un combate se seguia otro, se refugiaron hácia los hielos del polo, y conservaron este asilo hasta la época en que perseguidas en medio de aquellos hielos, los mas septentrionales, vuelvan hácia las costas del Spitzberg y las bahías de la Groenlandia, que habitaban tranquilamente antes de la llegada de los primeros navegantes.

Hé aqui por qué cuanto mas nos aproximamos al polo, tantos mas bancos de hielo se encuentran, y tanto mas grandes son las ballenas, mas cargadas de grasa aceitosa, mas familiares, por decirlo asi, y fáciles de apresar.

Y hé aqui porqué las grandes ballenas francas que se ven mas acá de los sesenta grados de latitud, hacia el Labrador, por ejemplo, y hacia el Canadá, parecen casi todas heridas con arpones arrojados en los mares mas próximos al polo.

Se asegura, sin embargo, que durante el invierno desaparecen las ballenas de las costas invadidas por el hielo, abandonan las inmediaciones del polo y se introducen en la zona templada, hasta que vuelve la primavera. Pero, en esta emigracion periódica, no deben huir de un frio que pueden soportar; no evitan los efectos directos de una temperatura rigorosa; ellas no se apartan mas que de aquellas capas de hielo, ó de aquellas masas congeladas, duras é inmóviles y profundas, que no les permitirán ni buscar su alimento en los bancos, ni salir á la superficie del Océano para respirar el aire atmosférico, sin el cual no pueden vivir.

Cuando se reflexiona acerca de las numerosas tropas de ballenas francas que en tiempos muy remotos habitaban en todos los mares, en la colosal magnitud de sus huesos, en la naturaleza de estas partes oseosas, en la facilidad con que aquellas porciones compactas y oleosas pueden resistir á los efectos de la humedad, desaparece la sorpresa de haber hallado fragmentos de esqueleto de ballena en muchas comarcas del globo, debajo de capas mas ó menos espesas; todos estos fragmentos son nuevos indicios de la existencia del Océano sobre todas las porciones de la tierra que están actualmente mas elevadas que el nivel de los mares.

Y sin embargo, ¿cómo no se habrá disminuido considerablemente el número de estos cetáceos?

Hace mas de dos ó tres siglos que los vascos, estos marinos intrépidos, los primeros que se han atrevido á desafiar los peligros del Océano G.a.

cial y bogar hacia el polo ártico, animados por el éxito con que habian pescado la ballena franca en el golfo de Gascuña, se lanzaron á la alta mar, llegaron despues de diferentes tentativas, hasta las costas de Islanda y á las de la Groenlandia, desplegaron todos los recursos de un pueblo emprendedor y laborioso, equiparon flotas de cincuenta ó sesenta buques, y ayudados por los islandeses, hallaron en una pesca abundante la recompensa de sus trabajos, y el premio de sus afanes.

Desde fines del siglo XVI, en 1598, bajo el reinado de Isabel, los ingleses, que hasta aquella época se habian visto en la precision de servirse de los vascos para la pesca de la ballena, la extraccion del aceite, y hasta, segun Mres. Pennant y Hackluis, para el arreglo de la tonelaría, enviaron á la Groenlandia buques destinados á esta misma pesca.

Desde el año de 1608 avanzaron hasta los 80° de latitud septentrional, y tomaron posesion de la isla de J. Mayen, y del Spitzberg, que habian descubiertos los holandeses en 1596.

En 1612 se vió que aquellos mismos holandeses, con ayuda de los vascos, que componian una parte de sus tripulaciones y dirigian sus tentativas, presentarse en las costas del Spitzberg, en las de la Groenlandia, en el estrecho de Davis, resistir con constancia los esfuerzos que los ingleses no cesaron de renovar á fin de enseñorearse de los parages que frecuentaban las ballenas francas, y hacer construir cuidadosamente en su patria los almacenes, los talleres y hornos necesarios para sacar el partido mas ventajoso de los productos de la pesca de aquellos cetáceos.

Animados otros pueblos por el buen éxito de los ingleses y de los holandeses, los breemeses, los hamburgueses, los dinamarqueses, llegaron á los mares del Norte: todo concurrió á la destruccion de la ba-

llena; su rivalidad se apaciguó, partieron las costas mas favorables a su empresa, construyeron tranquilamente sus hornillos en las costas y en el fondo de las bahías que habian escogido ó que les habian cedido.

Los holandeses particularmente, reunidos en compañías, formaron grandes establecimientos en las costas del Spitzberg, de la isla de J. Mayen, de la Islanda, de la Groenlandia, y del estrecho de Davis, cuyos golfos y abras estaban todavia poblados por un gran número de cetáceos.

En la isla de Amsterdam fundaron la poblacion de Smeerembourg (burgo de la fundicion); construyeron panaderías, almacenes de depósito, tiendas de varios artículos, tabernas, figones; en pos de sus flotas pescadoras enviaron buques cargados de vinos, aguardientes, tabaco, y diferentes comestibles.

En aquellos establecimientos, asi como en los hornillos de las otras naciones, se derritió casi todo el lardo de las ballenas que se habian cogido; alli se preparó el aceite que producian aquellas licuaciones; un número igual de buques pudo trasportar el producto de un número mayor de aquellos animales.

Las ballenas francas no tenían aun desconfianza; una cruel esperiencia no les habia enseñado á conocer las asechanzas del hombre y á temer la llegada de sus flotas; lejos de huir de ellos, nadaban sin recelo á lo largo de las costas y bahías mas inmediatas; se dejaban ver con seguridad en la superficie del mar, andaban en tropel alrededor de los buques divirtiéndose, y se entregaban, por decirlo asi, á la codicia de los pescadores, y las mas numerosas flotas no podian llevarse mas que el producto de una pequeña parte de las que se presentaban por sí mismas al arpon.

En 1672 fomentó el gobierno inglés con una prima la pesca de la ballena.

En 1695, la compañía inglesa que se formó para esta misma pesca estaba sostenida por suscripciones cuyo valor ascendia á 82,000 libras esterlinas.

El capitan holandés Zorgdrager, que mandaba el buque llamado *Cuatro hermanos*, refiere que en 1697 se halló en una bahía de la Groenlandia, con quince buques bremeses que habian cogido ciento y noventa ballenas; cincuenta de Hamburgo, que habian arponado quinientas y quince; y ciento veinte y un buques holandeses, que habian cogido mil doscientas cincuenta y dos.

Por mas de un siglo, no fué necesario, para hallar grandes tropas de aquellos cetáceos, el tocar a las playas de hielo: bastaba hacerse á la vela hácia el Spitzberg y las otras islas del Norte; y se derretia en los hornos de aquellas regiones boreales una cantidad tan grande de aceite de ballena, que los barcos pescadores no eran suficientes para cargarlo, y era preciso que una parte considerable de aquel aceite le trasportasen otros buques.

Cuando despues se volvieron las ballenas francas tan espantadizas en las inmediaciones de Smeerembourg y otros sitios frecuentados por los pescadores, que no se podia ya acercarse á ellas ni sorprenderlas, ni engañarlas y retenerlas con algun cebo, se redoblaron los esfuerzos y la paciencia. No se dejó de seguirlas hasta los parages en que sucesivamente se refugiaron; y se pudo tanto mas facilmente seguir su huella, cuanto que aquellos animales abandonaban al parecer con sentimiento las playas en que por tanto tiempo habian vivido libres, y los bancos de arena que las habian proporcionado el alimento que prefieren. Su emigracion fué lenta y sucesiva: al principio no se alejaron sino á cortas distancias; y cuando queriendo, por decirlo asi, la tranquilidad sobre todo, huyeron de una patria tan frecuentemente perturbada.

da, abandonaron para siempre las costas, las bahías, los bancos en cuyas inmediaciones habian nacido, y fueron á refugiarse lejos á las playas heladas, vieron llegar á sus enemigos, tanto mas encarnizados contra ellas cuanto que para alcanzarlas se habian visto obligados á luchar con las tempestades y la muerte.

En vano una niebla mas ó menos densa, una tempestad ó un viento impetuoso, impedían frecuentemente perseguir á las que el arpon habia herido; en vano aquellos cetáceos atravesados huían algunas veces á tan grandes distancias, que la tripulacion de la canoa pescadora se veía obligada á cortar la cuerda atada al arpon, que arrastrándola con velocidad, la habria alejado prontamente de los buques en términos de perderse en la superficie de los mares; en vano las ballenas heridas por la lanza advertían con su precipitada fuga á las que aun no habian descubierto la aproximacion del enemigo: el valor, ó mas bien la audacia de los pescadores, vencía todos los obstáculos. Subían á la punta de los mástiles para descubrir desde lejos á los cetáceos que buscaban; despreciaban los hielos flotantes, y queriendo encontrar su salvacion en el peligro mismo, amarraban sus buques á las estremidades de los témpanos móviles.

Causadas al fin las ballenas de una guerra tan larga y tenaz, desaparecieron nuevamente, se metieron debajo de los hielos fijos, y escogieron particularmente su asilo debajo de aquella corteza inmensa y congelada que los bátavos habian llamado *ostys* (el hielo del Oeste).

Los pescadores llegaron hasta aquellos hielos inmóviles, al través de los témpanos y montañas flotantes, y por consiguiente de todos los peligros; las cercaron y aproximándose en sus lanchones á aquellas orillas glaciales, accharon con una constancia

maravillosa los momentos en que las ballenas se veían obligadas á salir de debajo de su bóveda helada y protectora, para respirar el aire atmosférico.

Inmediatamente antes de la guerra de 1744, se entregaban los rusos todavía á estas nobles y peligrosas empresas de que antes que nadie dieron un glorioso ejemplo.

Muy poco despues dieron los ingleses nuevo impulso á la pesca de la ballena, con la formacion de una sociedad respetable, con la seguridad de un interés ventajoso, con una prima muy considerable, con grandes recompensas que distribuían á los que habian logrado una pesca mas abundante, con indemnizaciones iguales á las pérdidas que habian sufrido en sus primeras tentativas, con una exencion de derechos sobre los efectos de acopio, con la mas ilimitada libertad para formar tripulaciones á las que en circunstancia alguna de leva forzada de marinería podia inquietar ni alcanzar.

Antes de la revolucion que ha creado los Estados Unidos, habian obtenido los habitantes del continente de la América septentrional en la pesca de la ballena, unas ventajas que anunciaban las que les estaban reservadas. Desde el año de 1765, Anticost, Rhode-Island y otras ciudades americanas, habian armado un gran número de buques. Dos años despues enviaron los bátavos ciento treinta y dos barcos pescadores á las costas de la Groenlandia, y treinta y dos al estrecho de Davis. En 1768, Federico el Grande, cuyas miras políticas eran tan admirables como sus talentos militares, mandó que la ciudad de Embden equipase muchos buques para la pesca de las ballenas francas. En 1774, se estableció en Gotemburgo una compañía sueca muy protegida, para enviar á pescar al estrecho de Davis y cerca de las costas de Groenlandia. En 1775, el rey de Dinamar-

ca dió algunos buques de guerra á una compañía establecida en Berghem para el mismo fin. El parlamento de Inglaterra aumentó en 1779 las ventajas de que gozaban los que se dedicaban á la pesca de la ballena. En 1784, mandó el gobierno francés que se armasen á su costa seis buques para la misma pesca, y empeñó á muchas familias de la isla de Nantuckett, muy hábiles y ejercitadas en el arte de la pesca, para que se estableciesen en Dunkerque. Los hamburgueses enviaron en 1789 treinta y dos buques á la Groenlandia y al estrecho de Davis. Y efectivamente, una nacion navegante é ilustrada, no podia menos de empezar, conservar ó perfeccionar unas empresas que proporcionan una cantidad tan grande de objetos de comercio necesarios ó preciosos, emplean tantos constructores, dan ganancia de consideracion á tantos contratistas de aparejos, máquinas y viveres, dan ocupacion á tantos brazos, y forman los marineros mas sóbrios, mas robustos, mas experimentados é intrépidos.

Al reflexionar sobre un número tan grande de importantes resultados, podrá sorprender la atención, los cuidados y multiplicadas precauciones con que se procura asegurar ó aumentar el resultado de la pesca de la ballena?

Los buques que comunmente se dedican á este género de pesca, tienen ordinariamente de treinta y cinco á cuarenta metros de largo. Se forran con gruesos tablones de encina, para que resistan el choque de los hielos. A cada uno se le dan desde seis á ocho ó nueve lanchas de algo mas de ocho metros de largo, de unos dos metros de ancho, y uno de profundidad desde la borda hasta la quilla. A cada lancha de estas se destinan uno ó dos arponeros, que se eligen por su destreza en herir á la ballena aun desde lejos, en el sitio que mas conviene; de bastante

habilidad para dirigir la lancha siguiendo el camino de la ballena franca, aun cuando nade entre dos aguas; y con bastante experiencia para calcular el parage en que el cetáceo levantará la parte superior de la cabeza por encima de la superficie del mar para respirar el aire atmosférico.

El arpon que arrojan es un dardo un poco pesado y triangular, cuyo hierro, de cerca de un metro de largo, debe ser muy suave, liso y afilado por la punta, cortante por ambos filos y con lengüetas en las orillas. Este hierro, ó dardo propiamente dicho, termina en una espiga de cerca de un metro de largo, en la que entra un mango muy grueso de dos ó tres metros de largo. Se ata al dardo mismo ó á su espiga, la cuerda, que debe ser del mejor cáñamo, sin alquitranarla para que conserve su flexibilidad, á pesar del frio excesivo que se sufre en los parages en que se hace la pesca de la ballena.

La lanza que se emplea para esta pesca, se diferencia del arpon en que el hierro no tiene alas ó lengüetas que impiden el sacarle fácilmente del cuerpo de la ballena, y que se repitan los golpes con fuerza y rapidez. Tiene comunmente cinco metros de largo, y el hierro es poco mas ó menos el tercio del largo total de este instrumento.

La primavera es la estación mas favorable para la pesca de las ballenas francas en los grados muy inmediatos al polo. El verano lo es mucho menos. En efecto, el calor del sol despues del solsticio, derriñendo el hielo en diferentes sitios, produce aberturas muy anchas en las porciones de playas congeladas en que la corteza era menos gruesa. Entonces abandonan las ballenas las orillas de los inmensos bancos de hielo aun cuando no las persigan. Recorren grandísimas distancias por debajo de estos campos vastos y endurecidos, porque respiran facilmente en este vas-

to retiró nadando de abertura en abertura, y los pescadores pueden tanto menos seguirlos en aquellos espacios abiertos, quanto mas facil es que contra los témpanos de hielo desprendidos que nadan por alli se estrellen ó detengan las lanchas que boguen en semejantes parages.

Por otra parte, las ballenas durante la primavera hallan, delante de aquellos campos inmóviles de hielo, un alimento abundante y conveniente.

Hay sin duda años y parages en que no se puede sino en verano ó en otoño sorprender á las ballenas, ó encontrarse á su paso; pero frecuentemente se ha visto en los meses de abril ó mayo, tan gran número de ballenas francas reunidas entre los setenta y siete y setenta y nueve grados de latitud Norte, que el agua que arrojaban por sus tubos, y que caia en forma de lluvia mas ó menos dividida, parecia á lo lejos el humo que asciende por encima de una populosa capital.

Sin embargo, los pescadores, que por exemplo, en el estrecho de Davis ó hácia el Spitzberg penetran muy adelante en medio de los hielos, deben empezar sus tentativas mas tarde y acabarlas mas temprano, para no esponerse á los deshielos imprevistos ó á heladas repentinas, cuyos efectos podrian serles perjudiciales.

Por lo demas, los hielos de los mares polares, se presentan á los pescadores de ballenas en cuatro estados diferentes.

Primeramente, estos hielos están contiguos; en segundo lugar, están divididos en grandes playas inmóviles; en tercer lugar, consisten en bancos ó témpanos acumulados; en cuarto lugar y último, estas montaña ó bancos de agua helada son movedizos, y las corrientes ó los vientos los arrastran.

Los pescadores holandeses han dado el nombre de

*campos de hielo* á los espacios helados de mas de dos millas de diametro; *de bancos de hielo*, á los espacios helados, cuyo diametro tiene menos de dos millas, pero mas de media milla; y *de grandes témpanos*, á espacios helados que no tienen mas de media milla de diametro.

Hacia el Spitzberg se encuentran grandes bancos de hielo que tienen cuatro ó cinco miriámetros de circunferencia. Como los intervalos que los separan forman una especie de puerto natural, en que la mar está casi siempre sossegada, los pescadores se establecen en ellos sin recelo; pero temen colocarse entre los bancos pequeños que no tienen mas que doscientos ó trescientos metros de circunferencia, y que la menor agitacion del Océano puede acercar unos á otros. Pueden muy bien con los *bicheros* ú otros instrumentos separar los témpanos pequeños. Tambien han empleado frecuentemente con buen resultado, para debilitar el choque de los témpanos de mayor consideracion y mas rápidos, el cuerpo de una ballena despojado de su grasa, y colocado al costado por la parte de afuera del buque. Pero ¿de qué sirven estas precauciones y otras semejantes, contra aquellas masas endurecidas y movibles que tienen mas de cincuenta metros de elevacion? solo cuando estas grandes moles flotantes están muy distantes entre sí se atreven á pescar la ballena en los vacios que las separan. Se busca un banco que tenga á lo menos tres ó cuatro *brazas* de fondo por debajo de la superficie del agua, y que por su volumen sea bastante fuerte, y bastante estable por su forma para retener el buque que se amarra á él.

Es muy raro que la tripulacion de un solo buque pueda perseguir al mismo tiempo dos ballenas en medio de los hielos movedizos. No se arriesga un segundo ataque sino cuando la ballena franca, arpona-



da y seguida, está enteramente desfallecida y próxima á espirar.

Pero en cualquier parage que se pesque, desde que el marinero *vigia* que acecha desde la parte mas elevada del buque, desde donde su vista puede estenderse á lo lejos, descubre una ballena, hace la señal convenida; parten las lanchas, y á fuerza de remos, avanzan silenciosamente hacia el sitio en que la han visto. El pescador mas osado y vigoroso está de pie a la proa de la lancha, con el arpon en la mano derecha. Los vascos son célebres por su habilidad para arrojar este instrumento mortífero.

En los tiempos primitivos de la pesca de la ballena, se arrimaban lo mas que podian á este animal antes de arrojarle el primer arpon. Algunas veces sucedia que el arponero no la atacaba hasta que la chalupa habia llegado encima de la espalda de este cetaceo.

Pero lo mas comun es que cuando la lancha ha llegado á diez metros de la ballena franca, el arponero lanza con fuerza el arpon sobre uno de los sitios mas sensibles del animal, como la espalda, la parte inferior del vientre, las dos masas de carne blanda que tiene á los lados de los tubos. Estando en el hierro triangular el mayor peso del instrumento, de cualquier modo que lo arrojen, su punta cae y dá primero. Una cuerda de doce brazas está atada á este hierro, y prolongada por otras cuerdas.

Refiere Alberto que en su tiempo, en vez de arrojar los pescadores el arpon con la mano, le lanzaban por medio de una ballesta, y el sábio Schneider observa, que queriendo los ingleses alcanzar á la ballena á una distancia mucho mayor que la de diez metros, han renovado este último medio, reemplazando la ballesta con una arma de fuego, y sustituyendo el arpon á la bala de esta arma, en cuyo cañon hacen

entrar el mango de dicho instrumento (1). Los holandeses han empleado, como los ingleses, una especie de mosquete para lanzar el arpon con menos peligro y mas fuerza y facilidad (2).

Al momento que la ballena se siente herida, huye con la mayor celeridad. Su escape es tan rápido, que si la cuerda, formada por todas las que á ella están unidas, resistiese un instante, se volcaria la lancha y se iria á pique; por esta razon se pone el mayor cuidado en evitar que se enganche esta *cuerda* general; y ademas se moja continuamente; á fin de que su rozamiento sobre el borde de la chalupa no la inflame y ponga fuego á la madera.

Entretanto la tripulacion que se ha quedado á bordo del buque principal, observa de lejos las maniobras de la lancha, y cuando imagina que la ballena pudo alejarse lo suficiente para haber obligado á soltar la mayor parte de las cuerdas, otra lancha, forzando remos, se dirige hácia la primera, y ata sucesivamente sus cuerdas á las que arrastra la ballena en pos de si.

Si el socorro tarda, los marineros de la lancha llaman con grandes voces, y se sirven de grandes bocinas, y tocan sus trompetas y cornetas pidiendo auxilio, y entretanto echan mano de dos cuerdas ó drisas, á que dan el nombre de *drisas de reserva*; con la última que les queda dan dos vueltas á la bancada de proa, y se dejan remolcar por el enorme animal; de tiempo en tiempo enderezan la lancha, que se sumerge casi hasta flor de agua, dejando correr poco á poco esta segunda *drisa de reserva*, que en su último recurso; en fin sino ven la cuerda en extremo larga y violenta-

(1) Petri Artedi *Synonymia piscium*, etc., autore J. G. Scheneider, etc., p. 163.

(2) *Histoire des peches des Hollandais*, etc., t. 1, p. 91.